



## ALLENDE, EL HOMBRE

**S**ALVADOR Allende no ha perdido la partida. Ha muerto como quería morir: combatiendo. Nada le fue impuesto. Tal vez ya nadie creía en sus palabras, a fuerza de oírseles repetir: «A mí no me harán tomar el avión en pajarera. No pediré asilo diplomático en ninguna embajada». Mas, para sus amigos, la única certeza, dentro del caos, era ésta: para el protagonista, el drama no acabaría en opereta, como tantas veces había ocurrido en los países vecinos. Le repugnaba demasiado el carácter pusilánimo de sus congéneres defenestrados.

Allende conocía su destino, desde el 29 de junio pasado exactamente, cuando descubrió, con gran estupor, después de haber dominado el incoherente y precipitado levantamiento de un regimiento de blindados —seiscientos hombres y diez tanques—, que el Ejército no le perdonaría nunca aquella pírrica victoria. Al reunir al día siguiente en su despacho al cuerpo de generales en activo de las Fuerzas Armadas, Allende se dio perfecta cuenta de que sólo podía confiar

en cuatro generales, de un total de dieciocho. En el mismo momento, los oficiales subalternos deliberaban en todos los cuarteles del país: ocho de cada diez, sobre todo entre los más jóvenes, pedían la liberación de los amotinados y la destitución de los cuatro fieles que, encabezados por Prats, habían obtenido su rendición.

Desde entonces, Allende se había visto obligado a luchar con la espalda al alre, porque era su oficio, su mandato, su posición, sin que nadie sepa de dónde sacaba aquel hombre su fabulosa energía cotidiana. En cualquier caso, no de la desesperación, ni de la esperanza. El político ha muerto destrozado, atemorizado por la lógica incoercible del desenlace, aciago para su pueblo. Pero sé que al mismo tiempo el hombre ha muerto sereno, sonriente, reconciliado por fin en la muerte con esa visión heroica de la Historia que era su remordimiento

y su pena no haber podido encarnar en la vida.

Veo con la mirada del recuerdo el ojo entre malicioso y socarrón de Augusto Olivares —«el Perro»—, su más viejo amigo, consejero a pesar suyo, al que pregunté una vez buscando confirmación: «¿Y cuando vengan a verla a su despacho los generales de las tres Ar-

de —habría que haberlo hecho antes, en 1971, en plena euforia postelectoral— o tal vez demasiado pronto. Presidente de una República burguesa, elegido condicionalmente y por una minoría de votos, no podía, desde su puesto, lanzar la revolución. Asesinato o inmolación, poco importa: habrá defendido su baluarte hasta el final, el revólver bien empuñado. Si la muerte de los asaltantes fascistas, demasiado numerosos y demasiado bien armados, era imposible, al menos él haría de modo que recibiesen la suya como una bofetada. Lo esencial era decir bien alto: «Patria o muerte». Aquí nadie se rinde. Si hay que morir, que sea en pie. Es importante para el futuro.

«Murlió en su ley» (1), se dice en español, lacónicamente, para rendir homenaje a quienes la muerte no pilló de sorpresa. Extraña ley para un reformista, un adepto del compromiso y del diálogo, un «bon vivant» impenitente. Sus pares en política, sus predecesores en el fracaso —Arbenz, Goulart, Torres y tantos otros— no nos tenían

mas, sin haber solicitado previamente audiencia, con su ultimátum bajo el brazo, qué ocurrirá entonces?».

—Lo sabes perfectamente: dependerá de quién dispare antes. Salvador preferirá la muerte a la rendición.

Se le olvidó añadir solamente que él, Augusto, moriría con el Presidente. Hace de esto tres semanas.

A Allende le gustaba entrenarse en el jardín de su casa con todo tipo de armas, pero sabía que no podía enfrentarse sólo con todos sus enemigos. Era demasiado tar-

### REGIS DEBRAY

(1) Hemos querido respetar las citas en castellano del original francés.



acostumbrados a este tipo de desenlaces. Es hora de decir qué tipo de hombre era éste... Mañana habrá que hablar discretamente de política; hoy, sin embargo, quisiera saludar a ese hombre que fue casi un amigo. Convendría eludir lo personal, dirán ustedes. No estoy de acuerdo, hoy es necesario hablar de la persona que fue Allende.

### Fidel, el «Che»...

En él, la voluntad vibraba a mayor altura que las ideas. Salvador era, ante todo, un hombre de corazón, para el que todo lo que implica esa palabra —coraje, rectitud, fidelidad, emoción— contaba más que cualquier otra cosa. Un hombre que te tuteaba de entrada, y al que costaba no darle el mismo tratamiento. Siempre se saludaba en él al animal político, pero éste era su doble, su papel, su imagen fatídica, que a veces le volvían amargo. Pues él tenía de sí mismo otra imagen que guardaba en secreto, de la que nunca hablaba, una imagen desarmante e inerme a un tiempo. Animado por un sentido infantil y obstinado de «lo que se hace» y «lo que no se hace», de lo noble y lo vil, Allende se veía a sí mismo como un caballero de la esperanza, una especie de Robin de los bosques.

Esa doble imagen, esa gloriosa incoherencia, es todo el hombre. Por ello, Allende era algo más que la insulsa doctrina política que llevaba su nombre. Por eso tenía tantos amigos que no eran allendistas. Por eso era imposible que pudiese firmar vivo su capitulación. Allende carecía de la estrategia política correspondiente a esa decisión personal. Se burlaba de quienes tienen la estrategia pero carecen de decisión, pero le fascinaban aquellos a quienes no les faltaba ni la una ni la otra: Fidel, el «Che», a los que había visto en acción. En el fondo, no estaba satisfecho, ni orgulloso, de ser ese presidente convencional, ese político cauto, ese experto en tácticas conciliatorias.

Había soñado con otra cosa y no acertaba a renunciar a su sueño: los militares pudieron arrancarle concesiones verbales en el transcurso de los últimos meses, pero él los enfurecía guardando en su cajón los decretos por ellos elaborados y que colocaban al MIR fuera de la ley. La ley dice que un reformista, rehén del poder burgués, debe más tarde o más temprano permitir que se dispare sobre el pueblo, para ofrecer alguna prenda al enemigo. El quiso ser la excepción, y lo fue. Cuando, en 1972, la policía disparó sobre los habitantes de un barrio pobre durante una operación de búsqueda nocturna y mató a un obrero, Allende acudió al día siguiente a pie y sin guardaespaldas a presentar excusas a la gente del barrio y a dar explicaciones personalmente.

Habrás que decir algún día, aunque sus enemigos se aprovechen de ello, todo lo que ha hecho este hombre para sacar del viejo surco

a la revolución armada continental, que tanto le fascinaba, por más que con la mente la rechazase. Presidente del Senado, se jugó varias veces su futuro político para ayudar, y a veces dar asilo en su propio país, a «clandestinos» en apuros. Acudió a recibir a los supervivientes de las guerrillas bolivianas que habían atravesado a pie los Andes perseguidos por todas las Policías del continente, y los condujo personalmente a la isla de Pascua; para la gran prensa chilena, aquellos hombres eran «bandidos» y «terroristas apátridas».

Presidente de la República, arriesgó continuamente su presente: no ha habido ningún guerrillero latinoamericano, por poco responsable y sincero que fuese, que no se haya dirigido a él y que haya visto rechazada su solicitud de medios para continuar el combate. Por ejemplo, y para atenernos a los hechos, hubiera preferido mil veces que Argentina, de cuyo trigo y cuya carne tenía una necesidad vital, le declarase la guerra, antes que devolverles a los militares a los evadidos de Trelew de hace un año. Cuestión de honor. De principios. El «Che» sabía que podía confiar en él, personalmente, para

hacer, otro general al que destituir, un nuevo golpe que desmontar, y el «periodista» continuará su obra. Poco después, Salvador, que está de un humor excelente, hace un pequeño aparte y nos pide a algunos de los presentes que nos sentemos junto a él en un rincón de la habitación, en torno a un buen «caembert». Salvador nos cuenta entonces sus entrevistas de la víspera con un general «putschista», comandante en jefe del Ejército del Aire, al que había nombrado ministro de Transportes para tratar de neutralizarlo. Allende pregunta, toma notas, madura sus planes para el día siguiente.

¿De qué se trataba entonces? De frustrar una maniobra del general Ruiz, del Ejército del Aire, que quería dimitir de su cargo ministerial sin, empero, perder su mando, tras haberse puesto secretamente de acuerdo con sus subalternos para que ninguno de sus eventuales sustitutos al frente del Ejército del Aire aceptase entrar en el Gobierno. Inútil recordar los detalles de la contramaniobra de Allende, que, una vez más, triunfó por los pelos. Pero, ¿por cuánto tiempo? Chile vivía al día, con sus dos o tres microclimas diarios. Allende no hacía

planes para más allá de cuarenta y ocho horas. La costumbre del peligro fomentaba la creencia de que un plazo más, otro más, otro más, constituirían una solución política.

Un poder político privado de todo aparato de coerción física no es más que un poder sobre el papel. Para detener a un terrorista de «Patria y Libertad», para requisar un camión, es preciso «un destacamento especial de hombres armados», como dice Engels, es decir, un aparato de Estado. El chileno no respondía ya desde hacía varios meses. ¿Cómo pedir a un aparato de Estado, creado y ocupado por la burguesía, que reprima a la clase que le ha dado ser y legitimidad? Allende quería absorber uno tras otro todos los medios de gobernar, supliendo su soledad a base de puñetazos en la mesa y de broncas monumentales con los generales a los que dejaba desfilar, uno tras otro, separadamente, por su despacho. Cualquier otro habría caído mucho antes. Allende trataba de mantener en pie un poder que había dejado de serlo, mostrando un aplomo y una fuerza que ya no tenía. Pero el rey andaba desnudo, y todo el mundo terminaría por enterarse.

### «Estás halagando mi gran debilidad»

Ya fuera por fúnebre embriaguez o por sarcástica obstinación, lo cierto es que Allende se dedicaba día tras día, con flema de ajedrecista, a sus maniobras tácticas. No me atreví a preguntarle (ya nadie le preguntaba: ¿para qué?): «¿Cuál es la estrategia utilizada?». Hubiese sido de mala ley. Todo el mundo sabía que se trataba únicamente de ganar tiempo para organizarse, para armarse, para coordinar los aparatos militares de los partidos de la Unidad Popular. Carrera contra reloj que era preciso mantener semana tras semana.

La tarde de aquel domingo, dormimos tranquilamente la siesta y jugamos una partida de billar con empleo abundante de retruécanos y andanadas. A las siete de la tarde, Allende bajó a Santiago, donde había de presidir un Consejo de Ministros. Abrazos: «Hasta pronto. Saludos a los amigos. En Argel, dentro de diez días». Porque quería acudir a Argel a cualquier precio. Nada modificaba su calendario, ni siquiera el hecho de haber frustrado el golpe de Estado del sábado último y de tener que yugular otro el lunes siguiente.

En medio de ese cambiante dédalo, Allende se guiaba, en primer lugar, por un rechazo visceral de la guerra civil, que él juzgaba perdida, dada la relación de fuerzas. No era víctima de la fraseología del «poder popular», y no quería cargar con la responsabilidad de miles de muertes inútiles: le horrorizaba la sangre del prójimo. Por eso no prestaba oídos a su partido

## ALLENDE, EL HOMBRE

cualquier cosa, aunque fuera para llevar maletas. Y Allende llevó maletas en alguna ocasión.

No era su política, pero el hombre estaba hecho de tal forma, que situaba por encima de la política, de su política, una moral, una intuición, una fraternidad. Podía atacar duramente al MIR y su política por televisión y el mismo día ofrecer su casa a un dirigente del MIR perseguido. No por coquetería o por ofrecerse a sí mismo un hábil equilibrio, sino por simpatía no razonada y fundamental. Por eso, si el político que había en él estaba de acuerdo con la táctica y la estrategia del partido comunista, Allende no tenía a ningún allegado, a ningún confidente, que fuese miembro del partido.

Cuando salía de su despacho quería cambiar de aires. Necesitaba contradecirse, dividido entre sus objetivos políticos y ciertos «ideales del yo» de los que no podía ni quería desprenderse. Una palabra de aliento de Fidel, o una mirada de reprobación de «Tati» y su hija Beatriz, militante revolucionaria comprometida desde hacía tiempo en duras tareas, que dirigía su secretariado en la Moneda, tenían más importancia para él que una moción del Congreso o una resolución de un comité central. Beatriz, encinta de cinco meses, es hoy una de las personas más buscadas de Chile: por radio, los militares le han ordenado que se rin-

La costumbre del peligro

### La costumbre del peligro

de qué se trataba entonces? De frustrar una maniobra del general Ruiz, del Ejército del Aire, que quería dimitir de su cargo ministerial sin, empero, perder su mando, tras haberse puesto secretamente de acuerdo con sus subalternos para que ninguno de sus eventuales sustitutos al frente del Ejército del Aire aceptase entrar en el Gobierno. Inútil recordar los detalles de la contramaniobra de Allende, que, una vez más, triunfó por los pelos. Pero, ¿por cuánto tiempo? Chile vivía al día, con sus dos o tres microclimas diarios. Allende no hacía





socialista cuando le acusaba de perder tiempo dando rodeos y le instaba para que pasase a la ofensiva. «El mejor modo de precipitar el enfrentamiento y de hacerlo aún más sangriento —me confió Altamirano al día siguiente, indignado por las dilaciones de Allende—, es volverle la espalda».

¿Desarmar a los conspiradores? «¿Con qué? —respondía Allende. Dadme primero las fuerzas para llevarlo a cabo». «Movilízoslos», le decían todos. Porque es verdad que patinaba, en lo alto, por las superestructuras, dejando a las masas sin orientación ideológica ni dirección política. «Sólo la acción directa de las masas frenará el golpe de Estado». «Y ¿cuántas masas son necesarias —preguntaba Allende— para parar a un tanque?».

Allende se guiaba, al mismo tiempo, por su voluntad de no degenerar para la Historia, de no desvirtuar la imagen que tenía de sí mismo y que quería dejar tras de sí. En un palabra, no ceder al chantaje militar, no ceder en los puntos esenciales del programa. Mas, para mantener el honor, había que arriesgar la guerra, y para evitar la guerra, había que deshonrarse. Allende se negaba a escoger; seguía creyendo, o fingía creer, que sus dos deseos fundamentales no eran, en realidad, contradictorios.

Los jefes de Estado no tienen amigos. Otra admirable consecuencia. Allende tenía amigos y un sentido del afecto inexplicable y más poderoso que cualquier divergencia política. Era fácil intimar con él, y las relaciones se volvían entonces tormentosas, exigentes, plenas de disputas ligeras y de rencorosos enfados, inevitablemente seguidos de grandes reconciliaciones. Este hombre, que tanto

se preocupaba en público de las apariencias y tan celoso se mostraba de sus prerrogativas, tenía la religión de la franqueza y del calor entre los hombres. La libertad de palabra era total en presencia suya.

Un día, tras reprocharme el carácter excesivo de cierta postura mía, Allende añadió: «Estas halagando mi gran debilidad, que es perdonárselo todo a mis amigos». Grave falta para un hombre de Estado si nos atenemos a las reglas en uso.

Pero esa confianza y esa lealtad eran comunicativas. De ahí, las increíbles fidelidades: Augusto Olivares, un viejo amigo de la revolución cubana, redactor de la revista «Punto Final», portavoz de la oposición de extrema izquierda, murió a su lado. La política de Allende no era la que mejor respondía a sus deseos, pero él consideraba que al país no le quedaba ya otra alternativa. Había escogido su campo lo mismo para lo bueno que para lo malo. Olivares no quiso sobrevivir a su Presidente. La pasión del honor. La lealtad. La nobleza. La integridad. Lo que en español llaman «hombria» (2). Intraducible al francés. Salvador Allende era un caballero. ¿Cómo diríamos en nuestra lengua? Algo así como un «grand monsieur». Valores trasnochados, un poco ridículos, de otro tiempo, tal vez sí. Pero que se pagaron al contado. Era preciso que ese gran señor cumpliera su tiempo y su papel hasta el final para dejar paso a los tiempos modernos y crudos de la revolución, que ahora tendrá que hacerse con dolor y con sangre. Ha llegado la hora de las brasas. Y promete ser larga.

(2) Hemos querido respetar las citas en castellano del original francés.

#### UNA RESPUESTA HISTORICA DE ALLENDE AL CONGRESO

En el texto de la declaración del Presidente chileno como respuesta al acuerdo sobre la «ilegalidad» del Gobierno, publicado en la página once del número 573 de TRIUNFO, párrafo primero, aparecía la siguiente frase: «La democracia cristiana es una conquista de todo el pueblo». Y debía decir: «La democracia chilena es una conquista de todo el pueblo».

## LOS CONTEM PORAN EOS

### UN PERSONAJE MOLESTO

Don Eduardo Tarragona dice: "Yo sé positivamente que molesto". Nada más natural. ¿Por qué iba a ser don Eduardo Tarragona una excepción? Aquí molesta todo el mundo. He pensado a veces que el ideal de los gobernantes de este mundo sería el de que no hubiese habitantes en sus países. La política es un arte abstracto que se desarro-

lla en el vacío. Los ciudadanos la estropean. Por eso, en los tiempos antiguos, los grandes tiranos de la Historia tendían a eliminar el mayor número posible de ciudadanos. Es admirable la inmensa variedad de sistemas de muerte, tortura, eliminación y encarcelamiento que se han inventado desde los poderes en todas las civilizaciones y en todas las épocas. En muchos países continúan, aunque con más discreción. Afortunadamente, nada de esto tiene que ver con el señor Tarragona. Si hubiese sido molesto en otra época, o lo fuese ahora en uno de los muchos países que tengo en la punta de la lengua, hubiese sido empalado, empecinado, descuartizado, emplumado, emparedado o habría sufrido alguno de estos destinos reservados a personajes especialmente molestos.

Lo que le ocurre ahora es que no sale en televisión. "A pesar de ser procurador desde hace seis años y haber sido elegido dos veces con el mayor número de votos reunidos en España y haber sido el procurador que mayor número de ruegos y preguntas ha planteado al Gobierno, jamás Televisión Española me ha entrevistado ni sacado", dice el molesto personaje. ¿Por qué "a pesar de"? El señor Tarragona no parece ser consecuente entre los principios y los finales de sus oraciones. La televisión no es un medio creado para personajes molestos. Más bien lo es para personajes pesados, digo, recordando a algunos guionistas, algunos comentaristas de voz de plomo y modorra. El señor Tarragona es un procurador familiar, y la idea de hacer familiares los rostros de los procuradores familiares no resulta más que un juego de palabras. No se trata de eso. Y si alguien no lo remedia, el señor Tarragona va a ser concejal por Barcelona. No se sabe

para qué, por lo evidentemente molesto Demóstenes sin cámara y sin micrófono dice lo que el cree que ocurre: "Sin la existencia de partidos políticos no se pueden celebrar elecciones parecidas a las de países con democracia inorgánica. Aun suponiendo que un concejal individualmente lograre estudiar y defender un tema,

si no hay partidos que asesoren a los demás concejales, su voto solitario no podrá nada ante el proyecto patrocinado por el alcalde". Dada la inexistencia de partidos políticos —y puedo asegurar, de fuentes bien informadas, que no va a haberlos en algún tiempo, o quizá nunca jamás—, las elecciones no tendrán sentido en el sentido del señor Tarragona, y su voto será tan solitario como se ha dicho —injustamente— que era la técnica amateur antigua del señor Onan. El hecho de que se presente a las elecciones del día 19 de octubre, en Barcelona, es, por lo tanto, algo de carácter ornamental.

¡Molesto ciudadano! Además de ser procurador y de incordiar con ruegos y preguntas [desde hace seis años], quiere que su voto edicto sirva contra el señor alcalde, quiere que haya partidos políticos, quiere ver su imagen reñidora, contestataria, y, repitámoslo una vez más, fundamentalmente molesta, sea esparcida por los hogares españoles. Como si fuese un padre Dorransoro de las Cortes y la municipalidad. "Tener personalidad política definida en nuestro país —añade— es bastante difícil y arriesgado".

Bórrese el señor Tarragona, añúlese, y será respetado. Súmese a mi campaña: que la política sea solamente cosa de los políticos, y si él es político, que no pretenda mezclar a los ciudadanos en estas cosas. La política no está hecha para el ciudadano. Es un arte de minorías. La mayoría ha de ser como tiene que ser: silenciosa. El señor Tarragona quiere una mayoría ruidosa, y eso no está en los programas. Querer intervenir en la política del país y además ser procurador por elección y concejal por elección, es, sinceramente, una incongruencia.

POZUELO